

DIALOGO.

PEDRO, POETA.

POETA.

Si Pedro, en amar diestro,
Ignora á su Maestro,
De amante no se alabe;
Que el que lo que ama ignora, amar no sabe.

PEDRO.

Cuando en desconocerlo tuve empeño,
Entonces mejor supe amar mi dueño;
Porque sabio en amar siempre se llama
El que sabe guardar aquello que ama;
Yo lo negué, mas lo guardé, si pude,
Negándolo, libramme de la muerte.

Carta al señor de Gor, conde de Torrepalma, retirado de la corte al lugar de Ciempozuelos, á divertirse el quebranto por la pérdida de un hijo que amaba tiernamente (1).

Conde mio, ya no puedo
Sufrir ausencia tan larga;
Si es por probar mi cariño,
Ya está de prueba y de marca.
¿Los ocho dias son éstos?
O tenemos lo de márras;
Diómela por quince dias,
Toméla por tres semanas.
Mas, como contigo cuanto
Te es preciosísimo guardas
En mujer, hija y sobrino,
¿Qué Porcél ni qué alcaparra?
Consolárame el saber
Que tu musa conquistaba
(Como suele) el laurel sacro,
Que se enreda con tu Palma.
Pero aun no habrán los judíos
Tocado de Eitan la playa (2).
¿No sé por qué! pues tu musa
No se ahoga aun en más agua.
Y si sé: tu flojería,
Que de la mia es hermana;
Y luego riñes que duermo,
Y yo pregunto, ¿y tú pajas?
Dormirás muy lindamente,
Y á las diez de la mañana
Cuando más, con tus papeles.
Por juego, tomarás tabla.
La tarde la hará el paseo,
La noche buena, y no larga
La mañilla, y me diréis
Que no la habeis hecho malal
Pero la comida olvido;
Como con poeta hablaba,
Pensé que siendo lo ménos,
Era por demas nombrarla.
Mas tu mesa es más y más
Abundante, culta y franca;
Eres poeta, y tal poeta!
¿Oh, qué fueras si ayunaras!
Por acá muy lindamente
Se hace, y aun con ventaja
En lo caliente, sin moscas,
Y con más luz meridiana.
Se duerme ni más ni ménos,
Porque yo tengo esta gracia
Desde niño, y cuando duermo,
No me hablo ni con el Papa.
Pero, si tu huésped soy,

(1) Véase la contestacion del Conde de Torrepalma en las poesías de éste.
(2) Alude al poema sobre Moisés, que á la sazón escribía Torrepalma.

¿Qué quieres, señor, que haga?
Dar de mano á los cuidados,
Y de cabeza en la almohada.
¿Qué importa, pues, que mis pleitos
Me los metan á baraja,
Que la capilla del Rey
Del manteo no me asga;
Que la cámara no quiera
Purgar para mí una capa
De coro, ni que el Infante
Mande darme una sotana?
Tenga en tu casa un rincón,
Ocios, libros, mesa y cama;
Muérase el mundo, y que viva
Mi Conde de Torrepalma.
Tú mi Mecénas, mi Comes
Mecénas eres, y Epartha,
Y eres el *Deus nobis hæc*
Otia fecit, si aquí encaja.
Mas, oh, que en vano porfio
En adobarte las chanzas,
Tú sin gusto para oirlas,
Yo sin genio para hablarlas.
¿Quién para ahora tuviera
La sal de todas las salsas!
¿Quién se *queredoizase!*
¿Quién se *villarrocólará!*
Por divertirme, á Talía
Galanteé, y la picaña,
Siendo una ninfa corriente,
Para mí se ha vuelto estatua.
Hubiérame sido Dafne,
Pues con su laurel lograra
Aderezarte un buen plato
De aceitunas ó alcaparras;
O, ya que quiso ser piedra,
Muchísimo enhoramala
Fuera una Anaxarte; que
Yo por eso no me ahorcára.
Pero, según lo afligida
Que está su Carantamaula,
Una Niobe está hecha
Por yo no sé qué le falta.
Tú, que mejor que yo sabes
De aquella viril constancia,
Donde el sufrimiento pule
Lo que los pesares labran;
De aquel moral estoicismo,
Cnyas hojas, bien rumiadas,
Hacen de una rica seda
La tela de las desgracias;
De aquel socrático humor...
Mas todo esto es patarata;
Más llano y mejor: de aquella
Tu conformidad cristiana;
Podrás decirle mil cosas;
Que aunque yo diga otras tantas,
Valen más las que tú dices,
Y mucho más las que callas.

POETA.

De qué suerte no entiendo.

PEDRO.

De esta suerte.

Por el amor en mí Jesus vivía;
Si me confieso suyo, no se dude
Que yo tambien moria;
Muriendo yo, dos muertes padeciera;
La de cruz y la mia, que sintiera;
Negándolo yo, vivo y me reservo;
Y así, aunque en el Calvario á morir viene,
Queda vivo en la parte que en mí tiene;
Luego, cuando lo niego, lo conservo
En la parte que puedo; esto es amarlo,
¿Qué tienes que dudar?
Si Pedro, por guardarlo, á Jesus niega,
Y por amarlo, que lo guarda alega,
Cuando en desconocerlo tiene empeño,
Entonces mejor sabe amar su dueño.

Y despues que la castigues,
Vuélvemela más humana,
Si es que se puede ajustar
Tu lira con mi guitarra.

Vaya ahora de noticias;
Que fuera delito, carta
De la corte y sin *Gaceta*;
Mas no te diré patrañas.
Tuvimos nuestra academia
Esta semana pasada,
Asistiendo ambas dos luces (3),
Que no consumen y abrasan.
Nuestro amable secretario,
Pues le amamos y nos ama,
La academia, en un soneto,
Abrió con llave dorada.
Tan dulcemente el *Amuso* (4)
Cantó del Genil las aguas,
Que lo pensé Garcilaso,
Viendo que en su vega canta.

El *Zángano* (5) en un romance
Tocó muy bien la pavana
A Catuja, á cuyo són
La risa en todos brincaba.

Yo saqué mi guapo Aquiles,
Aquel mi antiguo fantasma;
Pero (bien lo sabe Apolo)
Allí le tembló la barba...

Esto va malo, y cansado
El portador, ya me aguarda,
Cuando por despachar presto
Escribo en verso la carta.

Si son versos lo verás;
Ellos como vienen saltan,
Para que, pues son mis gozos,
En esos Ciempozos (6) caigan.

Mi rendimiento á los piés
De mi señora tocaya;
Si le ofende la llaneza,
El asonante lo causa.

Yo bien sé que eres su Cayo,
Su señoría tu Cayo,
Que se *alfonseca*, y que tú,
Si no te *empapas*, te empapas.

A nuestro Marqués, que quedo
Suyo como antes estaba;
Tu capellan, José Antonio
Porcél, desde esta tu casa.

(3) Alude sin duda á la Marquesa de Sarriá y á la Duquesa viuda de Arcos, cultivadoras ambas de las letras.
(4) Don Blas Antonio Nasarre. Alude á la *Fábula del Genil*, que leyó Nasarre en la Academia del Buen Gusto, dándola por suya.
(5) Don José Villarroel, presbítero, poeta festivo, muy admirado entonces.
(6) Equívoco sobre Ciempozuelos.
(Notas del Colector.)

FRAY DIEGO GONZALEZ.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

DEL PADRE FRAY JUAN FERNANDEZ (1).

El maestro FRAY DIEGO TADEO GONZALEZ tuvo por patria á Ciudad-Rodrigo, y por padres á don Diego Antonio Gonzalez y á doña Tomasa de Avila García y Varela, no ménos recomendables por lo ilustre de su linaje que por sus virtudes morales, cristianas y civiles. Con el uso de la razón se descubrió en él la afición á la poesía; la sublime armonía de esta ciencia divina era tan conforme con su alma, que bastaba que un escrito lo fuese en verso para atraerle á su lección. Por esta causa leyó en los años primeros de su vida todo lo mejor que en poesía tiene la lengua española, proporcionándole libros su mismo padre, quien, sin ser poeta, conocía y estimaba todos los primores del arte. Era dificultoso que quien congeniaba tanto con los poetas, tuviese un corazón hosco y desamorado, y así sintió GONZALEZ las heridas de amor casi al mismo tiempo que los encantos de los versos. Esta dulcísima pasión, que ha sido, por lo comun, el primer ensayo de los poetas, lo fué tambien del nuestro, aunque sus versos no han llegado á nuestros dias. Se deja concebir que serian tan mal formados como oportunos para su intento, y así lo significa él mismo en la carta á Jovino, cuando dice que, *sin deber á Apolo númen ni inflamacion, cantó amoroso*.

Siendo de diez y ocho años (2) tomó el hábito de san Agustín, y profesó en el convento de San Felipe el Real de Madrid, dia 23 de Octubre de 1751. Hizo sus estudios en Madrid y en Salamanca, con aplicacion y aprovechamiento; pero sus mismos condiscípulos observaban en él un genio particularísimo para la poesía, y una aplicacion singular á todos los libros que trataban de ella. Horacio y fray Luis de Leon fueron sus autores favoritos; de uno y otro sabía las odas casi de memoria, y al último le estudió con tanto gusto y esmero, que se le pegó el estilo, hasta el extremo de imitarle con la mayor perfeccion. Una prueba de esta verdad son las adiciones ó suplementos que hizo de la traduccion de los capitulos de Job, que estaban incompletos, y se notan en la impresion de la *Exposicion de Job*, con letra bastardilla; particularidad capaz sola de hacer advertir cuál es obra de fray Luis, y cuál de FRAY DIEGO GONZALEZ, como lo confiesan los inteligentes.

Siguió la carrera escolástica con honor, no obstante que su genio moderado y pacífico aborrecía aquel ergotismo encarnizado que florecía en su tiempo, tanto como amaba los libros que con método y claridad trataban las materias teológicas. Tanto en la cátedra como en el púlpito era oído con gusto, y muchas veces con admiracion. En Salamanca predicó un sermón del Santísimo Sacramento con tal unción y elocuencia, que, arrebatado el inmortal Batilo, uno de los oyentes, de su entusiasmo, escribió aquella oda que comienza: *Tal de la boca de oro*, etc.; una de las mejores de este grande ingenio, que á un mismo tiempo hace honor al orador y al poeta (3).

(1) Era grande amigo y admirador de Jovellanos. Cultivó la poesía con el nombre de *Liseno*. FRAY DIEGO GONZALEZ le profesaba entrañable cariño. En una carta le llama *consuelo de mis trabajos y alivio de mis tristezas*. (Nota del Colector.)

(2) Había nacido en 1733. (Nota del Colector.)

(3) De este elocuente sermón, que llenó de fervoroso entusiasmo á sus oyentes y causó gran sensacion en Salamanca, dió noticia FRAY DIEGO GONZALEZ á Jovellanos en estos llanos y modestos términos, que ponen de

Luégo que completó los años de lección que prescribe la religión, procuró ésta no tener ocioso un sujeto en quien se reunían las prendas más singulares para el gobierno. Era de un genio sumamente pacífico y suave; amaba tiernamente á sus semejantes, y con extremo á aquellos á quienes se unía con los vínculos de la amistad. El conocimiento de la fragilidad humana, y el ejercicio de una caridad verdadera, le hacían mirar las faltas de sus hermanos con tanta compasión, que jamás hubo delito que no encontrase para con él ó disimulo ó misericordia. Exactísimo en el cumplimiento de sus obligaciones, reprendía con el ejemplo más que con las palabras; siempre humano para con los frágiles, cariñoso con los observadores de la ley, y prudente, afable y justo con todos. Con tan bellas cualidades desempeñó á satisfacción de los superiores los cargos de secretario de la Visita General de la provincia de Andalucía, el de prior de los conventos de Salamanca, Pamplona y Madrid, el de secretario de la provincia de Castilla, y de rector del colegio de Doña María de Aragon.

En medio de la severidad de las prelacías, no pudo jamás olvidar las musas, ni hacerse desentendido de la bondad y dulzura de su corazón, que le inclinaban á ellas. En su regazo encontraba la tranquilidad y consuelo que tal vez le quitaban sus empleos; y así, donde quiera que se hallaba, siempre hizo versos, que es decir, siempre se procuró un inocente descanso. La hermosura y la virtud no pueden ménos de hacer sensación en los pechos más castos, ni de hacerse amar de los moralistas más severos. Su fuerza es irresistible, y cuando á sus naturales encantos se allega la acalorada imaginación y entusiasmo de un poeta, presentan aspectos tan dulces y risueños, que no hay profesión, no hay institutos que puedan prevalecer contra su influencia. Toda la filosofía de Epicteto, todos los esfuerzos de la tristeza y el rigor se desvanecen y quedan inertes en presencia de un colorido virginal y de unos ojos brillantes, significativos y modestos.

El MAESTRO GONZALEZ no era de aquellos espíritus melancólicos y sombríos que desconocen lo amable de la virtud y lo maravilloso de las obras del Criador, porque se halle empleado en el sexo femenino. Amó cuanto conoció que era amable, porque era bueno, y procuró celebrar con sus versos los dones celestiales que admiró en alguna que otra belleza, pero en unos versos tan puros y castos como su alma. Dos señoras principalmente se advierten en sus poesías: una llamada con nombre poético *Melisa*, y otra nombrada *Mirta*; aunque es preciso confesar que esta última es la más celebrada, por causa de la famosa *Sátira contra el Murciélagos*, tantas veces impresa. Entre las dos, se puede decir que partieron el estro de *Delio*, y que sus nombres y sus gracias alternaron al són de su dorada lira. Ambas viven actualmente, una en Cádiz y otra en Sevilla, y por esta causa no me atrevo á publicar sus nombres. Sentiría ofender su modestia, y no sé si la sombra del dulcísimo *Delio* se resentiría de que profanaba la amistad, haciendo patentes los objetos de su amor (1).

manifiesto el conflicto de un alma humilde y timorata ante arduos deberes y graves empeños:

«Me he hallado en el mayor apuro para disponer un sermón, que es aquí de mucho empeño, y lo ha sido mucho más para mí, por haber pasado algunos años sin predicar, y haber, de consiguiente, perdido el número de hacer sermones, que en otros tiempos eran toda mi delicia... Ayer, día 19, le eché de mí, y aún no me he satisfecho de respirar de la opresión en que me puso la dificultad que hallé en su composición. Creo que el oficio de prior, despues de haberme robado mi natural dulzura, ha enervado todo el vigor de mi espíritu, y es capaz de privarme del uso de la razón. Enteramente me desconozco, y me admiro de mí mismo. Me hallo tan desmemoriado, que se me olvidan los nombres de las cosas más comunes; cosa que á veces me da risa, y á veces me causa el mayor cuidado. ¡Ay, dulcísimo amigo mio! ¿Qué podré decir á usted acerca de *Las cuatro Edades*? Puedo asegurarle con toda verdad que mientras no salga de este quisquilloso oficio y tristísimas circunstancias, no

estoy capaz para comenzar siquiera una obra de tanta dificultad para mí, y que pide infinito más sosiego que el que yo puedo esperar... y que si hubiera conocido que la intención de usted, cuando me envió el plan, era que desde luégo había de comenzar á formalizarlo, me hubiera excusado con el mejor modo, y en ninguna manera me encargara de lo que no podía yo desempeñar.» (Carta autógrafa del MAESTRO GONZALEZ á Jovellanos, de 20 de Junio de 1778.— Colección del Marqués de Pidal.) (Nota del Colector.)

(1) Este amor fué siempre de la naturaleza más ideal y casta que imaginarse puede. Así lo declaraba siempre FRAY DIEGO GONZALEZ. Véase, por ejemplo, lo que escribía á Jovellanos con motivo de una broma dada al prior de Sevilla, fray Miguel de Miras, acerca de su entusiasmo por la *cándida Trudina*:

«No he conceptuado yo la inclinación de nuestro *Miro* á *Trudina* de otro modo que como usted me la expresa, ni siento de otro modo en la materia, ni quisiera que otro conceptuara de otra manera la inclinación de *Delio* á la honestísima *Mirta*, á quien, más

En los últimos periodos de su vida pensó GONZALEZ que debía emplear sus versos en asuntos más serios y más propios de su sabiduría y de sus años. Fomentó este pensamiento una preciosa carta, en verso, que dirigió don Gaspar Melchor de Jovellanos, desde Sevilla, á *Delio* (el MAESTRO GONZALEZ), *Batilo* y *Liseno*, residentes entónces en Salamanca (1), en que les persuade á renunciar al amor, y á que empleen sus versos en objetos grandes, que traigan provecho á la patria é inmortalicen sus nombres. El público ha sido ya testigo del efecto que causó esta carta en *Batilo* (Melendez Valdés), y lo viera completamente en *Delio*, si una tristeza mortal, nacida de sus continuos achaques, le hubiera dado lugar á que continuase y diese fin al poema de *Las Edades*, que dejó solamente comenzado. Sin embargo, el libro primero y la égloga intitulada *Llanto de Delio y profecía de Manzanares*, prueban bien que tenía fondo, y esto para más que asuntos amorosos.

Concurrió á hacer estéril su deliciosa pluma una extraordinaria desconfianza que tenía de sí mismo (2). Jamás hubo hombre que se juzgase apto para ménos, ni tuviese más baja estimación de los partos de su entendimiento (3); y esto era tanto más admirable, cuanto veía frecuentemente aplaudidas sus obras de personas inteligentes é incapaces de tributar lisonjas. Por este mismo principio era muy taciturno en las concurrencias; temía hablar delante de literatos, porque no se tenía en este concepto. Alguna vez, estimulado de los amigos, hablaba y decía su parecer, y entónces veíamos y admirábamos todos sus conocimientos, sus luces y su modestia. Con un semblante triste, meditabundo y macilento (4), poseía una sal ática para sazonar sus conversaciones familiares, que ponía admiración. O no había de tener una cosa ridículo, ó se lo había de encontrar el MAESTRO GONZALEZ; y como poseía el conocimiento de la lengua y todas las gracias de la expresión, hacia amable y divertido su trato, y al mismo tiempo instructivo; pues bien sabida es la sentencia de Cervantes, que *el hacer reír no es sino de grandes ingenios*.

Sus poesías manifiestan, mejor que cuanto puede decirse, el carácter del MAESTRO GONZALEZ. En ellas se echa de ver un genio dulcísimo, una alma penetrada del amor, un talento claro y despejado, una inclinación decidida á lo mejor, un tino particular para elegir lo más bello, y últimamente, un lenguaje tan puro y castizo, y una versificación tan dulce y armoniosa, que, sin disputa, lleva en esto último ventaja al grande fray Luis de Leon. Sin embargo de tan altas cualidades, vivió casi desconocido, porque aborrecía la ambición, y todos los medios infames de que se vale para elevar á los sujetos. Era franco, sencillo, ingenioso, sin aquella ostentación ni fausto que suelen aparentar algunos para venderse por sabios; y con la mayor frecuencia le oí confesar sobre varias materias, sin rubor alguno, su ignorancia. *Yo no he leído ese libro; No entiendo esa*

que la hermosura, le aficionó la natural modestia de su semblante y cierta confrontación de las dos almas. No era capaz *Miro*, á quien tengo por de veras virtuoso, de otra inclinación ménos pura.» (Carta autógrafa de FRAY DIEGO GONZALEZ.— Colección del Marqués de Pidal.) (Nota del Colector.)

(1) Puede verse esta carta en las *Obras de Jovellanos*, tomo XLVI de la BIBLIOTECA, pág. 37. (*Idem*.)

(2) En la presente colección hemos incluido algunos versos inéditos del MAESTRO GONZALEZ.

No hemos querido dar á la estampa una *Cantilena á Mirta* y una *Sátira á una vieja*, que hemos encontrado entre los papeles de Jovellanos, por parecernos ambas composiciones indignas, por varios motivos, de aquel simpático poeta. (*Idem*.)

(3) En una carta al padre Miras decía estas modestas palabras:

«Yo he compuesto muy pocas cosas con juicio, y en todas ellas se echa bien de ver mi falta de instrucción.»

En otra carta, dirigida á Jovellanos el 19 de Octubre de 1776, le dice así:

«La desconfianza en todas mis obras me es tan congenial, que las razones con que usía me arguyé, fá-

cilmente conseguirán de mí el que no la vuelva á mostrar, ni ella me sirva de impedimento para emprender lo que se ofreciere; mas creo que no alcanzarán á desterrarla de mi espíritu. Y á la verdad, despues de haber enviado aquella carta, sentí mucho el haber ponderado tanto mi desconfianza y deprimido mis talentos, por el temor de que pudiese parecer todo esto artificio del amor propio; que así como el astuto médico suele ponderar mucho la gravedad de la dolencia para acreditar más la curación, así los hombres suelen confesar con demasiada humildad su insuficiencia, para que despues se estimen en algo sus obras como superiores á la esperanza.» (Colección del Marqués de Pidal.)

En realidad era hombre instruido, y Jovellanos le llama el *sabio Delio*. (Nota del Colector.)

(4) Tuvo algunos sinsabores de familia. Refiere uno de ellos á Jovellanos en una larga carta, escrita en la Coruña, el 25 de Agosto de 1779. Le apesadumbraba de tal manera, que dice en su carta:

«Muy tristes imaginaciones agravan sobremanera mis comunes pesares y la infelicidad que llevo dentro de mí mismo adonde quiera que camino.» (*Idem*.)

materia; *Me faltan principios para juzgar de tal ó tal cosa*: tales eran sus expresiones cuando se le quería precisar á decir su parecer sobre algun asunto que no penetraba bien.

Vivió siempre como quien tenía que morir; pero cuando se convenció de que su muerte estaba cercana, avivó su espíritu, y procuró volver toda su atención á Dios y á la eternidad. Entónces le entró algun escrúpulo por causa de sus poesías, y habiéndolas juntado con varias cartas y papeles inútiles, me encargó que lo quemáramos todo junto, sin advertirme nada. Yo sospeché el engaño que quería hacerme, del demasiado cuidado que ponía en ocultarlo; y como su suma debilidad no le habia permitido barajar bien los papeles, ántes de aplicar la llama conocí que estaban allí sus poesías. Apartélas con cuidado, y libré de un eterno olvido los felices partos de este ingenio español; pero él quedó muy satisfecho de que con su muerte perecían tambien todos sus versos. Esto fué cuatro dias ántes de morir, y desde entónces me clavaba con mucha frecuencia la vista, y me decía: *Esto es morir. En este momento no temo á la muerte: sólo temo mi vida pasada; pero Jesucristo murió por mí*. Agravósele el mal, recibió los santos sacramentos, y descansó en el Señor, dia 10 de Septiembre de 1794, con la mayor tranquilidad, dejando á sus amigos llenos de dolor, y á todos grandes ejemplos de conformidad, fervor y magnanimidad eristiana.

No quiero hacer análisis de sus poesías, ni referir ciertas particularidades, que serian tan estimadas dentro de dos siglos como importunas al presente. Una amistad de las más verdaderas me hacia testigo de todos sus secretos, y esto mismo le unia tan estrechamente conmigo, que nada hizo ó pensó en que yo no tuviese parte. Llegó esto hasta el extremo de usar de mis versos como si fuesen suyos, dándolos por tales á personas que se los pedían. Los que saben cuánto incomoda un hijo espúreo del entendimiento, conocerán á fondo en esta sola acción la fineza del MAESTRO GONZALEZ para con sus amigos. El público ilustrado no retractará el juicio que tiene, ya hace tiempo, formado de este grande hombre; ántes bien creo que ahora, que se le presentan todas sus poesías purificadas y netas, las estimará como es justo, y las colocará entre las de nuestros esclarecidos poetas, al lado de las de Garcilaso, de fray Luis de Leon y de Herrera.

El MAESTRO GONZALEZ tenía sus poesías sin orden alguno. Yo las he dado alguna coordinacion, clasificando las piezas segun su especie. Varias composiciones se me han remitido á la muerte del MAESTRO GONZALEZ. Ellas prueban que tenía amigos, y que no eran de aquellos á quienes las musas miran con ceño. ¡Ojalá que cualquiera de ellos se hubiera tomado el trabajo de escribir estas memorias del MAESTRO GONZALEZ! Mi amistad lo hubiera agradecido, ellos quedarían más satisfechos, el público mejor servido, y el MAESTRO GONZALEZ dignamente elogiado. ¡Jovino! (Jovellanos); ¡ah elocuentísimo Jovino! hé aquí el Lysippo que debería sólo formar la estatua de Alejandro; pero conténtate, amado lector, con las desaliñadas cláusulas que ha dictado la verdad, y ha interrumpido muchas veces un dolor eterno, que durará tanto en mi alma y en mis ojos como la imagen del MAESTRO GONZALEZ en mi corazón.

(Salamanca, 1795.)

II.

DE M. G. TICKNOR.

(Historia de la Literatura española.)

«El MAESTRO GONZALEZ, como poeta, se adhirió más que Melendez á la antigua escuela castellana, aunque eligiendo uno de sus mejores modelos, pues imitó á fray Luis de Leon con tan feliz éxito, que al leer sus odas y algunas de sus versiones de los salmos, nos parece oír aún la solemne entonacion de su gran maestro. Sus poesías más populares, sin embargo, pertenecen al género festivo, tales como *El Murciélago alevoso*, que se reimprimió muchas veces; sus versos *A la quemadura de un dedo de Filis*, y otros juguetes semejantes, en que se mostró dueño absoluto de cuantos giros felices y gracias de estilo encierra el antiguo lenguaje poético de Castilla. Un poema didáctico sobre *Las cuatro edades del hombre*, que comenzó, dedicándolo á Jovellanos, quedó sin concluir. Sus poesías, que circularon con profusion durante su vida, parece haber sido para él de muy poca importancia.»

POESÍAS.

LLANTO DE DELIO Y PROFECÍA DE MANZANARES.

EGLOGA

escrita con motivo de la temprana muerte del señor infante don Carlos Eusebio, y del felicísimo fecundo parto de la serenísima señora Princesa de Asturias.

DELIO, MANZANARES, POETA.

POETA.

El sol hacía su ocaso declinaba
Y entre nubes oscuras se escondía
Por no ver los desórdenes del suelo;
En calma el viento estaba,
Y el canto de las aves no se oía,
A la vista negado el claro cielo;
Todo aumentaba el duelo
De Delio malhadado,
Que, miéntras su ganado
Pastaba junto al tardo Manzanares,
Lloraba sin alivio sus pesares.
Alzando al cielo el rostro lagrimoso
(¡Ah! ¡cuánto demudado de como era
Cuando los duros hados permitían!),
Lanzó un ¡ay! lastimoso,
Que del eterno asiento conmoviera
Los montes, que dolerse parecían;
Mas no correspondían,
Como otras veces; que ora
La ninfa habitadora
De los bosques tapaba las orejas,
Cansada ya de repetir sus quejas.
Tomó la lira, que á su lado estaba;
La lira, don de Apolo, que victorias,
Amores y del campo la verdura
Algun dia entonaba
(¡Oh tristes, molestísimas memorias!)
Mas ora, ya trocada su dulzura
En amarga ternura,
La arrima al pecho blando,
Y sus cuerdas sonando,
En triste són y lúgubre armonía,
Hablando con el rio, así decía:

DELIO.

Rehuye, oh Manzanares, presuroso
Del suelo que hasta aquí te fuera amigo,
Y retira del Tajo tu carrera;
Del Tajo, que despues de ser testigo
Inhumano del caso doloroso,
Que el horror esparció por su ribera,
La nueva lastimera
Va cruel publicando
Por donde va pasando,
Desde el extremo ardiente á Lusitania,
Diciendo en su corriente:
«Ya de Hesperia la luz resplandeciente
Faltó en la Carpetania.»
¡Oh triste hora! ¡Oh tenebroso dia,
En que del centro de la deliciosa
Selva, do están los lares más sagrados,
Salió la voz doliente y lastimosa:
«Murió Carlos, murió nuestra alegría.»
Temblaron, al oírlo, los collados;
Pastores y ganados
Lloraron de consuno.
¡Oh fracaso importuno!
¡Oh tierna flor! ¡Oh tela delicada,

Cuyo precioso hilo,
Torcido apenas, con agudo filo
Cortó la Parca airada!
¡Oh muerte injusta! ¡cómo nos robaste
De un golpe solo toda la hermosura
Y esperanza de nuestra amada gente?
La tierna edad ¡no te inspiró ternura?
¡Pudiste ver sus ojos? ¡No cegaste
Al ver la majestad, que ya en su frente
Rayaba claramente?
¡O acaso el nombre angusto
Te causó tanto susto,
Que el mismo miedo te infundió osadía
Para tan fiera hazaña,
Pensando que lograrla tu guadaña
No pudiera otro dia?
¡Posible es que en tu daño, niño hermoso,
Reservase Esculapio los secretos
Que le alcanzaron nombre y sér divino?
¡Acaso sus durísimos decretos
No los obedeciste religioso?
¡Por tu carne (¡ay!) no abrió el hierro malino
Doloroso camino?
¡Rehusaste, por ventura,
Probar el amargura
De la roja corteza peruana?
Y tras esto, ¡el dios crudo
Tuvo tanta dureza, que ver pudo
Fimar tu luz temprana?
¡Ni bastó á detenerte, alma preciosa,
Del delicado cuerpo la hermosura,
A tu sér celestial correspondiente?
¡Ni de tu dulce madre la amargura?
¡Ni del padre y abuelo la forzosa
Pena? ¡Ni el ver la plebe condoliente,
Que religiosamente
En uno congregada,
Por tu salud amada
Votos mil, con fervor y llanto, hacia
Al cielo? ¡Ni el temprano
Y rico sacrificio, por mi mano
Alzado cada dia?
Volaste al cielo, en fin; dejaste al suelo,
Miedo en el corazón, llanto en los ojos,
De tu ausencia eternal dignos legados.
La tierra fria cubre tus despojos.
Trocóse la alegría en triste duelo.
La madre, digna de mejores hados,
Por campos y collados
Corre sin ornamento,
Llenando de lamento
La horrible soledad, y tiernas quejas,
Y yo, de los pastores
Escándalo, por darme á mis dolores,
Olvido mis ovejas.
En la más retirada, más sombría
Mansion de esa enlazada selva umbrosa,
Do nunca penetrará el rayo ardiente
(Que sin tí hasta la luz me fué enojosa,
Y aborreciera toda compañía),
Allí me escondo y lloro largamente.
No hay quien atentamente,
Mirando tal tristura,
No la juzgue locura;
Mas yo, en vez de negarlo, lo confieso,
Pues forzoso imaginó
Que quien te pierde á tí, Carlos divino,
Pierda tambien el seso.
Si alguna vez al cuerpo fatigado
Regalá con su bálsamo Morfeo,
Entredicho poniendo á mis querellas,
Al punto me parece que te veo